
Aquí donde la tierra es tierra misma,
la gran madre ofreciendo la verdumbre
de sus pechos que el sol parecería
acariciar extático y ocioso,
yo paseo, otra vez, unos minutos
de amor a un mundo en el que no he vivido
nunca y donde soy como un fantasma.
El Sur —dice la sangre— el Sur es mundo.

Templo por lado y lado. Contra el culto al maligno
—la botella de orejas puntiagudas—,
contra el incesto, el crimen y el mal de ojo,
la iglesia anabaptista abre sus puertas
musgosas. Suena adentro
el trombón del domingo:
otro sol en los días del diluvio
al que se sienta, encucillado, el triste
mujerío a engolfarse en los tizones
de un cielo imaginario. Este cuerno que canta
su abundancia de viejos caramelos
a los niños minúsculos
como si repartiera chirigues embrujados . . .
¡Lechón de oro! ¡el pecado es inocente!
La lluvia hace crecer en las raíces
del corazón, los hongos del infierno
pero la iglesia lo cocina todo

al calor de la música divina.
Iglesia anabaptista junto al río Cautín,
en estas callejuelas de extramuros
el cielo es un trombón carbonizado
por el invierno de los pecadores,
restos de una comida silenciosa
para los perros y los gallinazos.

La tierra, en cambio, es templo en el verano.
Sangra: la greda se le agolpa en unas
rodillas manoseadas por el viento.
Los dioses desertaron del Ejército
de Salvación y luego se emborrachan.
Triste, dorada, oscura medianía
en que fermenta el agua de los charcos
aureolada por el mosquerío.
Paraíso encontrado:
bar de los viejos. Baila y canta el sueño
—la mona calva de Noé, el impúdico—
o se enfrasca en disputas callejeras
que no figuran en mis libros. Nadie
es dios en el verano. Nadie es Dios.
Sólo la tierra, templo de sí misma
y el parto de las vacas, dios del templo
bajo un cielo que todo lo mira con asombro.
La sangre —dice el Sur— la sangre es mundo.
